



— *Cota, capa, casa, cosa*  
Nora Correas

Informes

# La experiencia de una beca

Una beca no es un obsequio; es un principio de acuerdo entre dos partes comprometidas en una experiencia que, a falta de mejores palabras, puede denominarse “aprendizaje”. Por supuesto, no se enseña ni se aprende a escribir; se enseñan y se descubren caminos y pasadizos que conducen a la escritura y que, una vez transitados, nos cambian para siempre.

Algo de todo esto se deja leer en el relato presentado por Ana Baudizzone en torno los momentos de bloqueo y apertura a la escritura.

## Sobre no escribir

por Ana Baudizzone

¿Qué es el día, qué es el mundo cuando todo tiembla dentro de uno? El cielo se pone oscuro, las casas crecen, se juntan, se tambalean, las voces suben, aumentan, son una sola voz. ¡Basta! ¿Quién grita así? El alma está negra, el alma como el campo con tormenta, sin una luz, callada como un muerto bajo la tierra.

SARA GALLARDO

Hace poco leí un libro de May Sarton donde dice que no es posible escribir desde la felicidad o la depresión, pero que sí se puede hacer desde la tristeza o la alegría.

Escribir un poema cambia la relación que tenemos con el mundo. Tal vez porque el poema sólo puede ser el resultado de una lucha entre el lenguaje y quien escribe, y en esa lucha, transformamos el vínculo que tenemos con el mundo.

La depresión y la felicidad, creo, no son estados capaces de vislumbrar un cambio, tienen una intensidad tal que no habilitan, no quieren o no pueden, ningún tipo de grieta.

¿Por qué buscar en las palabras una tensión con aquello que no queremos o no podemos modificar?

La obsesión, como trastorno, también podría pensarse como un estado emocional que imposibilita la escritura. Si el poema, como dice Heaney, no sólo es una “variación de la música del mundo, sino una nueva afinación del mundo”, quien padece un trastorno obsesivo no es capaz de ningún desplazamiento que no sea el de su propia obsesión.

A riesgo de que no haya más vínculo con el mundo que el producido por la obsesión, el lenguaje sólo será una herramienta para mantenernos en ese presente que la obsesión ininterrumpidamente —pareciera— nos quiere quitar.

La palabra sólo se atreverá a un gesto referencial: acá duermo; ahora como; éste es el techo; ésta, la casa; estos, los días.

Este habitar la superficie del mundo acaso ni siquiera pueda pensarse como experiencia y menos aún pueda ser puesto en tensión. Nuestro estar en el mundo es tan inestable cuando nos toma una obsesión que no seremos capaces de dar una nueva música al mundo porque tendremos siempre el mismo tono.

El origen de mi obsesión (no sus manifestaciones, aquellos lugares donde se desplaza y se hace síntoma) intuyo, tiene que ver con el abandono.

En el 2020, en el seminario inicial de poesía de la maestría escribí un poema que se convirtió luego en el primer poema de mi trabajo de tesis.

*no recordarás  
más que las fotos  
de los platos llenos de dulce  
de la cuchara en la mano los relatos  
de las tardes  
conversadas con urracas  
de cómo aprendiste a hablar  
del abandono  
en una jaula abierta*

Algo me hace pensar que, en este tiempo y en este mundo, en todo puede vislumbrarse un abandono.

El único poema que escribí en Mendoza, lo escribí en Buenos Aires, ya en mi casa, pero su germen nació la mañana en que me iba, en el frío endureciendo el pasto antes de que saliera el sol. Tal vez lo escribí por temor a perder un hilo que me uniera al lugar o tal vez lo escribí para amarrarlo. Es el único de mis poemas que tiene título; se llama “Odin”, por el nombre de un gato de Borges, pero el nombre nada tiene que ver con un vínculo que me una a Borges, sino otra vez con algún tipo de intención de amarrar, en este caso, más específicamente, de proteger.

### **Odin**

*mañana en su pelo crecerá  
la escarcha  
porque no sabrás  
dónde ha dormido no verás  
ya nada y nunca  
aprendiste a imaginar salvo  
lo peor  
el candor está seco  
en este mundo nadie apenas  
lo acariciará  
intuirá en las manchas  
de su panza al puma*

Después de escribir el poema sentí inmediatamente un remordimiento por haberlo hecho.

El mundo, ahora, también era ése. Y a mí podría costarme, otra vez, volver acá.

Mejor callada, como una muerta bajo la tierra.